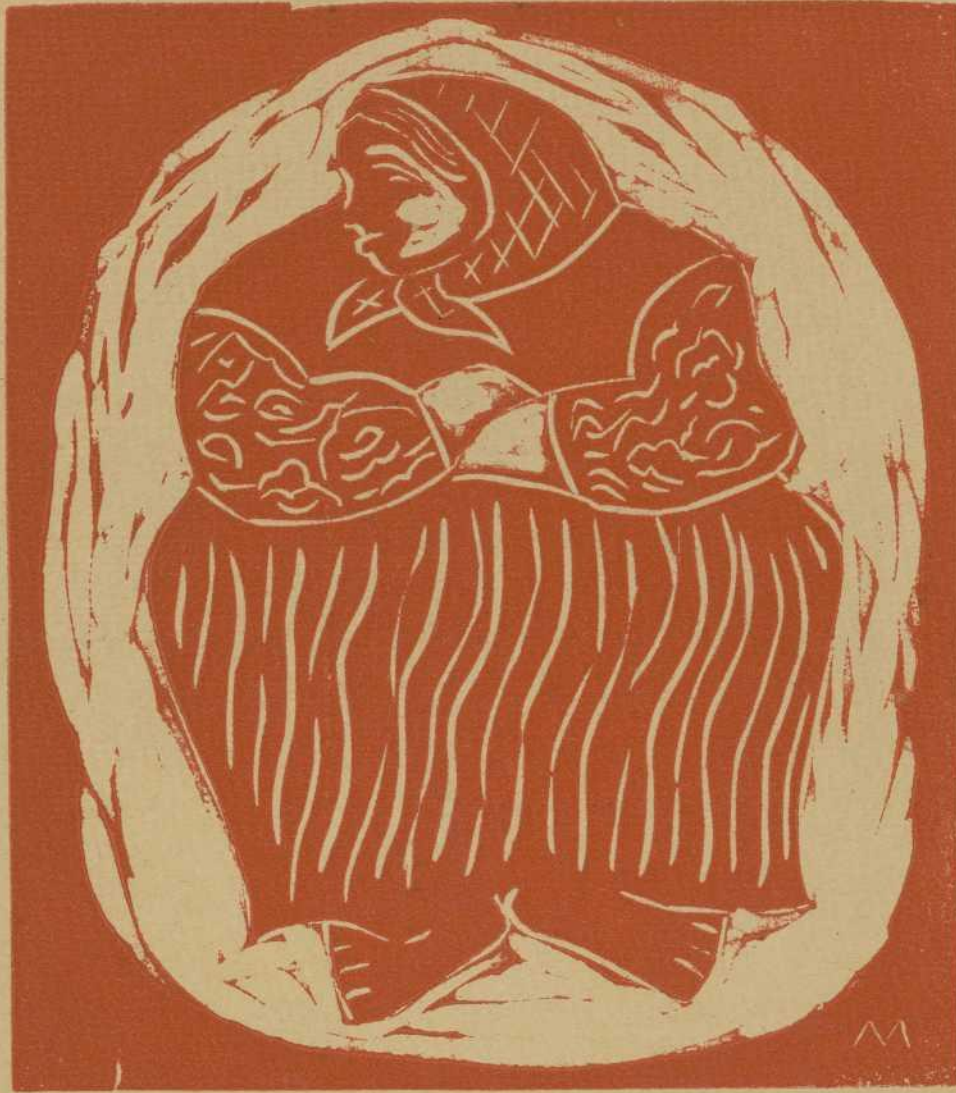


JP673

CRISTAL



numero
de
navidad

30 cts.

BARRERO



FOTOGRAFO



PONTEVEDRA

RAFAEL O'NEALE

Vinos

Coñacs

Ponche "Raon"

Los más solicitados

Representante para Galicia

JOSE M.^A ALVAREZ GALLEGO

Manuel Quiroga 26-2.º

Pontevedra

Farmacia y Centro de especialidades

MONTENEGRO



Servicio permanente

Teléfono, 169--PONTEVEDRA

SANATORIO MARESCOT

DE

Cirugía general y Ginecología

DIRECTOR:

ENRIQUE MARESCOT IGLESIAS

Cirujano del Hospital, de las Clínicas Quirúrgica del Hospital de la Salpetriere y Ginecologica del Hospital Broca de París.

ESTE SANATORIO, LUJOSAMENTE INSTALADO Y DOTADO DE LOS NUEVOS ADELANTOS, RESPONDE A LAS NECESIDADES DE LA NUEVA CIRUGIA, PRACTICANDOSE EN ÉL TODA CLASE DE OPERACIONES QUIRÚRGICAS Y TRATAMIENTOS

SIMILARES

Moderna instalación de Rayos X



R E V I S T A L I T E R A R I A

AÑO I :--: PONTEVEDRA DICIEMBRE 1932 :--: NÚM. 6

S U M A R I O

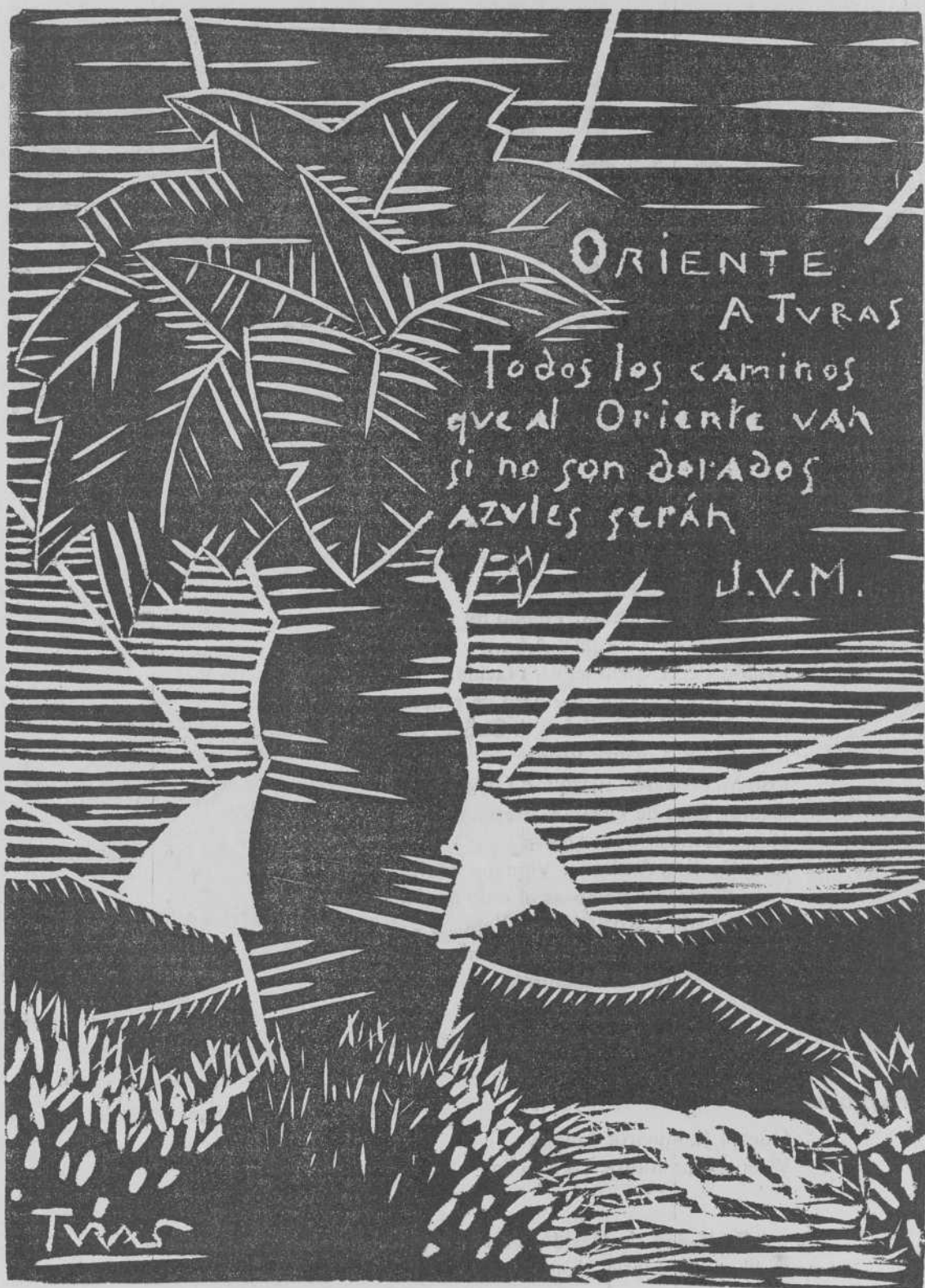
Originales inéditos

- Juan Vidal Martínez: Oriente. Poemas Gallegos.
Antonio Díaz Herrera: Diciembre. Tríptico.
Federico García Lorca: Soneto.
Eduardo de Ontañón: Pueblo de vacaciones.
Rafael Duyos Giorgeta: Amor.
Ramón Pérez Cienfuegos: Navidad.
Juan Lacomba: Del diario de un maestro.
Joaquín Alcaide de Zafra: A Gabino Díaz de Herrera.
Rafael Lois Teijeiro: Visión.
José M.^a Álvarez Blázquez: Cero.
Gabino Díaz de Herrera: Mástil.
María Monteagudo: Lluve...
Juan Bautista Andrade: Ventana triste.
Julio Sigüenza: Palabras al oído de Amado Carballo.
Luis Amado Carballo: Sant-Yago. * *
Gerardo Álvarez Limeses: Nadal.
Olimpia Martínez: Nouturnio.
Castelao: Dous espíritos.
Fermín Bouza Brey: Parranda Mariñeira.

Reproducciones

- Guerra Junqueiro: Elegía.
Vicente Huidobro: Le Moulin.

Grabados de Maside, Turas, José Luis, Pintos Fonseca, Sesto,
y dibujo de María Monteagudo.



ORIENTE
A TRÁS

Todos los caminos
que al Oriente van
si no son dorados
azules serán

J.V.M.

Trás

D I C I E M B R E

DICIEMBRE: Navidad. Por los caminos nevados llega paso a paso, aterida, la luna nueva. Pálida, diluida, tamizada, se vierte sobre las hierbecillas de la llanura, trémulas de rocío, que de vez en vez palpita en el rojo trémulo también, incierto, desdibujado, de una hoguera de pastores.

Serenamente, con toda la majestad de una diosa, la luna va abriendo su curva de plata, llena de la pereza de un perfume oriental.

A través de la llanura, partiéndola por gala, el río se desliza silencioso, y sus pies desnudos cantan sobre los guijarros un ritmo alegre de villancico.

En las almas puras, las almas líricas de los pastores, propicias a la maravilla, vierte su alegría sutil la blancura de la escarcha, y el Angel—con sus palabras de paz, de amor—caler de hogar y miel de nuevas idealidades.

Canta el sendero, y el río, y las estrellas, con voz dulce y mansa para llegar mejor a las Alturas, ¡para que el Niño no se despierte!

Cantan las manos de la mozuca que van tañendo en el arpa de ensueño de la luna nueva la canción infantil de su cantar de Navidad.

Las flores de la nieve se han abierto a oirla y por sus pétalos frágiles, quebradizos, mínimas porcelanas de Sajonia, pasa un temblor, lejano, fino, débil, como el palpitar de un ave herida o como el parpadeo de una estrella.

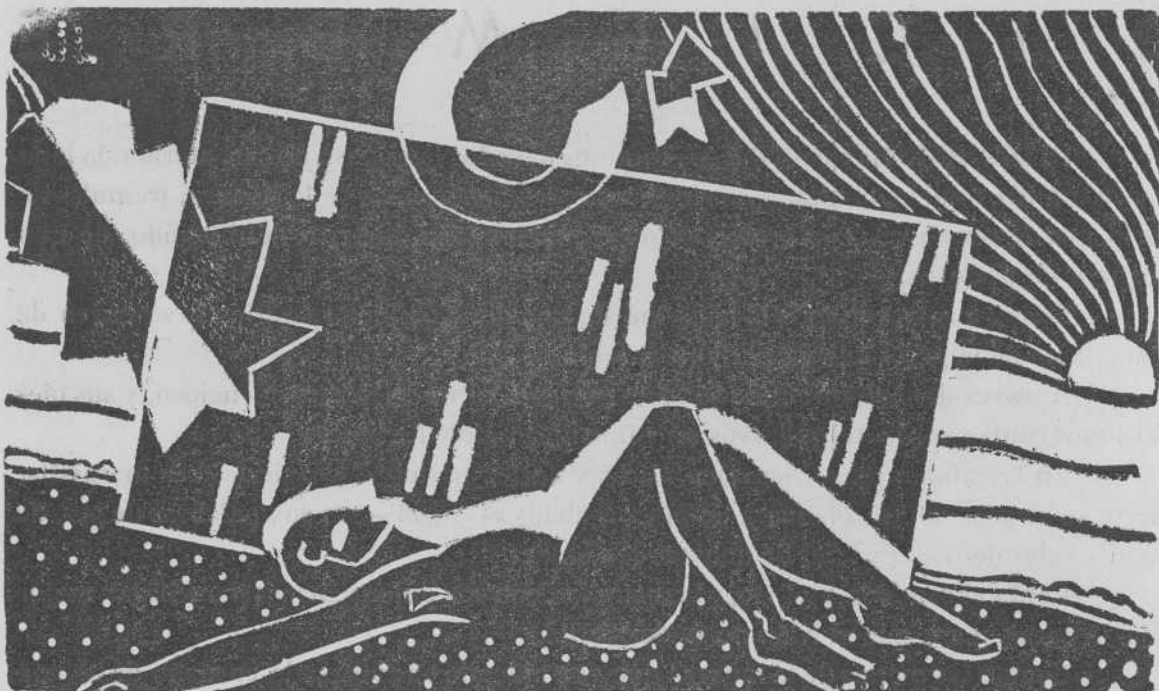
Se ha puesto en marcha la caravana; la caravana de pastores, almas puras, líricas, propicias a la maravilla, que aprietan en sus brazos, junto a su pecho, el balar trémulo y el vellón inmaculado de su mejor oveja. Se ha puesto en marcha la caravana: los pétalos de las flores ateridos de escarcha, señalan el filo de la media noche.

El mastín, con su ladrido, agrieta la intimidad de la luna y el campo, y lo apaga el balido de las ovejas impacientes por afelpar los Pies del Niño Dios.

El río va pasando en silencio, mansamente, y la caravana al fin de su jornada, hunde la frente en el polvo y ofrece lo mejor de su aprisco. La luna, llena de la pereza de un perfume oriental, va llenando su curva de plata.

Ante el portal se tiende aterida la llanura. Allá en el horizonte, más morado que azul, la cordillera serpea paso a paso y sobre sus cumbres más audaces, se presienten la siluetas de los Reyes Magos, desdibujadas, temblando en la bruma, como las manos de las abuela temblaban... Las manos como camelias blancas que todos los años esta misma noche, vienen por el río, en la luna, patinando sobre el frío de las aguas, en el eco de un cantar.

A Belen veñen pastores
a adoral-o Neno Dios:
¡veñen por vel-o Meniño,
no veñen por vel-o soll!



Grabado de José Luis

S O N E T O

YO sé que mi perfil será tranquilo
en el norte de un cielo sin reflejo:
Mercurio de vigilia, casto espejo,
donde se quiebre el pulso de mi estilo.

Que si la hiedra y el frescor del hilo
fué la norma del cuerpo que yo dejo,
mi perfil en la arena será un viejo
silencio sin rubor de cocodrilo.

Y aunque nunca tendrá sabor de llama
mi lengua de palomas ateridas
sino desierto gusto de retama,

libre signo de normas oprimidas
seré, en el cuello de la yerfa rama
y en el sin fin de dalias doloridas.

F E D E R I C O G A R C I A L O R C A

Pueblo de vacaciones

ERA aquella una calle alegre, aireada, infantil. Gris. Con verjas de hotelitos a los lados, de hotelitos pimpantes y relucientes como juguetes de madera. Con ciclistas que iban y venían por ella como para darle justa sensación de callecilla de pueblo dominical, cercano a la ciudad, al que van los pequeños burgueses en su bicicleta para pasar la tarde con arreglo a las más tradicionales ordenanzas de la vacación.

Desde aquella calle de casas de muñeca, se veía un tren también pequeño y contento. Todo era como el panorama de un grabado alemán. Pueblecito urbanizado para el descanso burgués. Tren pequeño. Ciclistas. Verjas de madera.

—¡Esta es la calle que recordaré siempre!, se iba diciendo Claudio por ella. ¡Esta es la calle que me hará sentir su nostalgia, que me llenará de gozo cada vez que me acuerde de ella, que me iluminará la cara de recuerdo...

Pasó la primer mujer, acaso la protagonista de aquella comedia agradable, en gris, que quería representar el pueblo. Por si era, Claudio la siguió.

Pero la calle era pequeña. Iba ya a dar fin. Asomaban, en su boca, los campos recién pintados de las afueras. Claudio tenía la obsesión de que al terminar la calle acabaría el encanto. Y alargó el paso. Como en el sueño que, aun medio despierto, trata uno de continuar para darle un fin adecuado.

Angustias de la persecución de una mujer.

—¿Qué la digo? ¿Cómo me dirijo a ella?

“Oiga”, “Señorita”. “Eeeeh”. Todas le parecían fórmulas vulgares que romperían el encantamiento de la escena.

Y la mujer, con paso ligero. Ya no faltaban más que tres casas para salir al campo. Ya solo dos. Llegaba la esquina de la última.

Claudio se puso a correr para advertirla del peligro. Parecía que iba a soltarla abarulladamente un “No pase usted de aquí”. Pero lo que la dijo al fin fué la cosa más cándida de las que se le habían ocurrido.

—Señorita...

Con ademán y voz angustiada.

Ella se volvió muy firme.

—¿Qué desea?

Tan seca, tan arisca, tan violenta, que le desconcertó. Claudio no acertaba con palabra que decir.

—¡Ah!... ¡Perdón!... ¡No sé!..

Por fin se le ocurrió la frase salvadora.

—Perdón, perdón... No es usted...

Ella dió la vuelta y se internó por una de aquellas cercas, tan de pueblo veraniego. Claudio ni siquiera la vió desaparecer. Siguió andando con ligereza campo adelante, camino de la estacioncilla de juguete. Y se metió en el primer tren que, de vuelta del domingo, marchaba ya para la ciudad cargado de paisajes de vacación.

E D U A R D O D E O N T A Ñ Ó N

A M O R

TU eres la voz del agua
 que fluye de mis venas,
 tú eres la sangre dúctil
 que me incendia la vida.
 Tus velas, bien preñadas
 de vientos baleares
 me cantan al oído
 la gloria singular de tu sonrisa.
 Caliente está la playa,
 caliente y blanca de presencia tuya.
 En tu ausencia, mi cuerpo bien bañado
 se nutre de tus huellas por la arena.
 Cuando vuelvas aquí, ya no verás
 en mis manos el alto acorazado
 que te ancló en mis rodillas.
 Sola, tú,
 por la tierra—ya libre, marinera—
 le dirás a la espuma de la orilla

cuantas millas de amor guardan tus brazos
 para la travesía de los míos.
 Porque yo soy el mar, el mar que sueña
 la caricia caliente de tu quilla.
 Yo soy la ola aquella de tres metros
 que rumia tu naufragio, por mi culpa,
 por mi máxima culpa temblorosa
 de amor, de buen amor.
 Quiero condecorarte—¡por tus pechos!—
 con la estrella más fría,
 con el alga más muerta,
 con el trozo de mar en que agoniza
 la música anterior a tu venida.
 Oboe de junco, tú,
 que me cantas las playas sin nacer.
 Si me muero, no olvides
 que he sabido escucharte sin cansancio
 durante nueve horas
 el mismo violoncello de tu boca.

R A F A E L D U Y O S G I O R G E T A

E L E G I A

EL goce de la vida, esa alegría de oro,
 Poquito a poco, en mí, extinguiéndose va...
 Mirlos alegres de pico de oro,
 mirlos alegres, ¡cantad, cantad!

Ando lívido, arrastro mi pobre cuerpo exangüe,
 Que estaba hecho de luz de claras madrugadas..
 ¡Rosas bermejas como la sangre,
 Rosas, abríos a carcajadas!

Limpidez virginal, gracia de Anacreonte,
 Mímo, frescura, fuerza, ¿en dónde estais?... ¡no sé!
 ¡Oh, aguas vivas, aguas del monte
 Oh, aguas puras, corred, corred!

Encuéntrome postrado en lánguido desmayo,
 Y humíllase mi frente exhausta hacia los suelos..
 ¡Cedros altivos, sin miedo al rayo,
 Cedros, erguíos hacia los cielos!

G U E R R A J U N Q U E I R O

NOCHE DE NAVIDAD

HABÍA rodado ya la vida muchas leguas de años, enrollándose a los lomos de la tierra. La edad del mundo se arrugaba de vieja y cansada; y fué cayendo, encañecida, en las barbas de los Patriarcas. Colgaba así, en mustio deshilarse, de las caras de los hombres hebreos. Parecía que Asia, con sus pueblos a costillas, se estiraba por un túnel de siglos y estaba mirando el remoto nacer del mundo.

Los desiertos, aplastados por el silencio, eran como la piel de los milenios muertos, cuyos esqueletos soterrados estaban enseñando las uñas roídas de las pirámides.

...Y era llegada la plenitud de los tiempos. Sus viejas ánforas estaban llenas del fluir de días y el gotear de las horas. Y Judea toda, uniendo entonces su alma de raza, como un montón de monedas de oro, se recogió en la noche pequeña de una gruta: y esperó que la noche estelar, llena de ojos de estrellas, se recostara sobre la tierra. El rito judaico, como una palanca, iba a remover la mole del tiempo; para alumbrar una nueva edad del mundo.

Vértice de Belén bajo el artesonado estelar. Aquella noche abrió un desgarrón en el rugoso lomo del tiempo. Partió los siglos que ya estaban viejos, y los separó hacia atrás: como si podara los años del mundo. Y se clavó en la tierra, a la manera de una raíz de la que el tiempo empezara a nacer. Y fué también ancla, a la que quedó amarrado el andar del mundo.

Fueron los días, uno tras otro, ahilando su espiga de luz: venían llenos de la fresca granazón de las horas nuevas.

El mundo, a las puertas de su nueva mañana, se puso a peinar su rubia cabellera de días, en el peine recién estrenado de los años.

Aquella noche fué como la cantera de ébano de las noches. De ella empezaron a sacarse las noches de todos los días: y se iban contando, en una cuenta nueva, como esquivarlas de su veta de horas. Parecía que se la fuese rebanando; y poniendo el trozo rebanado sobre el hombro de cada día viajero: para que, al irse, lo abriese con varillaje de sombras y se cubriese con él como con un paraguas.

Hemos hecho un camino de veinte siglos bajo aquella noche, que fué la de no acabarse nunca: porque quedó como un cucurucho puesto boca abajo, tapando el mundo. Secándose los siglos viejos, con sus raíces al aire.

Y vamos arrancando del bloque del tiempo la hoja de cada día, como si fuera el almanaque inagotable que hubiéramos colgado de la pared de aquella noche que dividió los siglos. Y que nosotros hicimos pared de nuestra casa.

R . P E R E Z C I E N F U E G O S

Del "Cuaderno de un maestro"

1

RECUERDO mi llegada a Celanova. El Otoño tenía un desfallecimiento de silencios; la tarde, un desviar de grises y de platas, pulida por el frío viento de noviembre. Ante mis ojos de levantino, de meridional, abiertos a cadmios y azules estrallantes, aquellos tonos húmedos, suaves, un poco apagados de Galicia bajo la neblina, se precipitaban en mi busca, para forjar en mi espíritu sensaciones diversas. Atrás, quedaba la carretera abierta en curvas, en desniveles, sangrando blancos y un recuerdo, volando arremolinado sobre el deseo, de aquel continuo mostrar de un paisaje nuevo. Quedaban prendidos en el avance, manchones rojos de reflejos de sol último en el vidrio quebradizo de las frías ramas de los cerezos. Y parpadeaban caseríos pobres, durmiendo en hondonadas, entre fresco verdor de valles apagados y reir de agua espumeante y gentes hundidas en su miseria, que dejaban un rastro de hastío y de indiferencia a su paso.

Cómo se entró el coche, por aquella calle arrancada del campo, aquella calle que era calle y carretera y en la que las casas boquiabiertas, extáticas, asombradas en su pereza de horas, esperaban y esperaban, dominadas por un sueño que las diluía entre el silencio haciéndolas consustanciales con él. Cómo se entró, barbotando congojas de motor y rayando el aire con roce estridente de los hierros oxidados. Y cómo aquellas casas tan tímidas, tan sombrosas, aquellas casas de pueblo sofocadas de silencio y espera, desperezaron deseos y abrieron voces a la llegada del auto. Y cómo los ojos, sordos de neblina y de nube, cazaron gestos ágiles, entre el tropel de viajeros que se aventuraban al cauce negro de fango y de noche próxima del asfalto.

La calle, se hundía como una lanza en la distancia. Brillaban ya asustadas, ahorcadas en el trapecio del hilo eléctrico, las bombillas encendidas. Y en el fondo, un fondo cercano que era fondo y sin embargo era realmente primer término, abriéndose como un bostezo, avanzaba acogedora y amplia la plaza, con su fuente, rezando frente al Convento su oración panteísta de agua libre, de agua viva. En el azul,—que en el final del atardecer se salía detrás de aquellas nubes pegadas en el cielo, inmóviles y jabonosas—se hundían las torres de la iglesia en un ímpetu punzante de flecha. A la portada barroca, columnas y santos avizorando el tiempo, se asomaban los tojos, motas amarillas de yema de huevo, reventando en el gris muerto de las piedras. En tanto, corrían las horas aupadas sobre un vientecillo fino, ligero y sutil, que se entraba en la carne con temblor de alfileres...

Ya en el recuerdo—un recuerdo próximo y no obstante tan lejano—los prados, bajo la tarde que se apagaba totalmente, los senderos mullidos de hojas de oro mate de los castaños, como enterrados bajo una fastuosa alegoría del otoño.

Todo inédito, en aquel atardecer ya casi agotado, desfallecido de sangre de crepúsculo. Todo hondo y alto. Los sentidos, en tanto, despertaban ávidos de emociones tibias. Jugaba el viento en la villa, a un rodar de silencios grávidos sobre la tarde. Había acabado ya el tembloroso rezongar del motor del auto y el fluir de risas y voces de las gentes a su llegada. Y de nuevo, como una plancha de cinc, el silencio, en el que se apoyaba un cielo sin color de cielo que creeríamos que iba a desclavarse y desprenderse pesadamente sobre la tierra.

Me encontré el ocaso frente a la portada barroca de la iglesia del monasterio. Las gentes que pasaban junto a mí, inquirían inquisitivas en una mirada larga y aguzada, como queriendo descorder la incógnita que me envolvía; incógnita de forastero recién llegado sin conocido alguno en el pueblo. El agua, hacía evocar en el silencio, el fluir de la lluvia que se salía siempre a la espera. Celanova, tenía en aquel final de ocaso, para mí, el encanto de la primera página de un libro interesante. Parecía abrirse en ella, la llamada imperiosa a la atención del primer capítulo.

Parado ante la noche de Celanova, ante la primera noche de Celanova, me encontraron las seis de la tarde.

J U A N L A C O M B A

Al muy ilustre Señor
Don Gabino Díaz de Herrera

Caballero y Poeta del Mar

ESTE buen caballero sabe como ninguno
de las verdes llanuras que fluyen y retornan,
donde impera el tridente de su amigo Neptuno,
el de las luengas barbas que las algas adornan.

El sabe de nereidas, de náyades y ondinas,
de engañosas sirenas y temibles tritones.
De las gracias aladas de las velas latinas.
De los vientos alisios y de los aquilones.

El sabe los tesoros que guardan los abismos
atlánticos, por siempre, en ellos sepultados.
Y de los infinitos sublimes heroísmos
que yacen en su fondo, de todos ignorados.

El sabe de la nave que sus velas despliega
y a los mares se lanza en temerario vuelo.
Y de la pena inmensa que hasta su borda llega
si en la orilla se agita la nieve de un pañuelo.

El sabe del imán de esas costas ignotas
que atraen seductoras a ilusos emigrantes,
que guían las banderas de blancas gaviotas,
los brazos extendidos, los pechos anhelantes.

El sabe de las playas de arenales dorados
en que muestran sus gracias las bellezas desnudas,
recibiendo del sol, en sus torsos quemados,
las caricias candentes de sus flechas agudas.

El sabe de las tristes canciones marineras
que gimen en los senos de los acordeones.
De los aventureros las absurdas quimeras
y de los repatriados las muertas ilusiones.

El sabe los misterios que en la noche callada
embrujan los rincones en el dormido puerto.
¡Del agudo alarido, la feroz puñalada,
de la sombra que huye... y la mueca del muerto!

El sabe lo que indican esos fanales raros
de luces verdeantes, rojizas y opalinas,
y los intermitentes destellos de los faros
que siembran de diamantes las llanuras marinas.

El sabe de naufragios y terribles galernas.
De lejanos países que los viejos añoran.
De muelles tenebrosos y de ahumadas tabernas
donde rudos marinos ríen, beben y lloran...

El sabe de las pobres meretrices ajadas,
que cobran en monedas de todas las naciones,
y reciben los besos, en sus caras pintadas,
con la forzada y triste sonrisa de los clowns.

.....
.....

ENVIO:

¡Gabino Díaz de Herrera! La concha venusina,
en tu escudo se ostenta y el caracol sonoro.
Y en un delfín que hiende el agua esmeraldina
se enhiesta de Neptuno el tridente de oro.

Símbolos de Lealtad, de Amor y de Poesía
campean nobilísimos en tu altivo blasón.
Y en tu gallarda nave, que es todo fantasía,
en sombras de la noche y en los oros del día,
vas surcando las ondas del mar de la Ilusión.

J O A Q U I N A L C A I D E D E Z A F R A

— Civis Hispalensis —

Madrid 1932,

T R I P T I C O

SAN José:
Orla su rostro investidura papal.
San José:
guarda la vara de azucenas del hogar.
(Barba y vara florecidas
de amor: no de ver nevar.)

La Virgen María
en silencio hilaba
su copo de nieve
que ya de tan blanco
sonreía.

Y el Niño
con su diestra propicia a bendecir
tenía la sonrisa de las flores
cuando comienzan a abrir.

Antonio Díaz Herrera.



Linoleum

de

José

Luis

V I S I O N M A S T I L

TODA mi cabeza traigo
mojada de luna llena.
La luna marcha despacio
tirando por una cuerda,
arrastrando a la mañana
pesada de luces.

Cerca

el silencioso zumbido
de los pinos que cimbrean.

Diciéndome que me quieres
te estoy viendo entre las sombras
mojada de luna llena...

RAFAEL LOIS TEIJEIRO

C E R O

TODOS los caminos
que los peregrinos
arrastran cansinos:
quebrados de esquinas,
tristes de ruinas
y de remolinos.

Todos los senderos
que los caballeros
cruzan altaneros:
luces hechiceras,
dulces primaveras,
goces sin fronteras.

Y al fin del camino
tanto el peregrino
como el caballero,
el uno mohino,
el otro altanero,
apunta en su sino
un cero....

JOSÉ M.^a ALVAREZ BLÁZQUEZ

A mi tía Chalia

MASTIL

¡Qué alegría!
Gentil y audaz y aventurero,
Con gallardete rojo
Y los brazos al viento.

Mástil

¡Qué alegría!
Índice acusador de cielos,
Bajo azares de niebla
O certezas de puerto.

Mástil,

¡Qué alegría!
Inquieto colector de anhelos,
En descubierta eterna
De horizontes nuevos.

Mástil,

¡Qué alegría!
En el concierto marinero,
Eres la voz aguda de los meridianos:
¡Un do de pecho!

GABINO DIAZ DE HERRERA

L L U E V E

CAE la lluvia con un son eterno
de piadosa armonía...
Me habrá visto llorar..., y me acompaña
como una buena amiga
que quiere devolverme
las lágrimas vertidas...

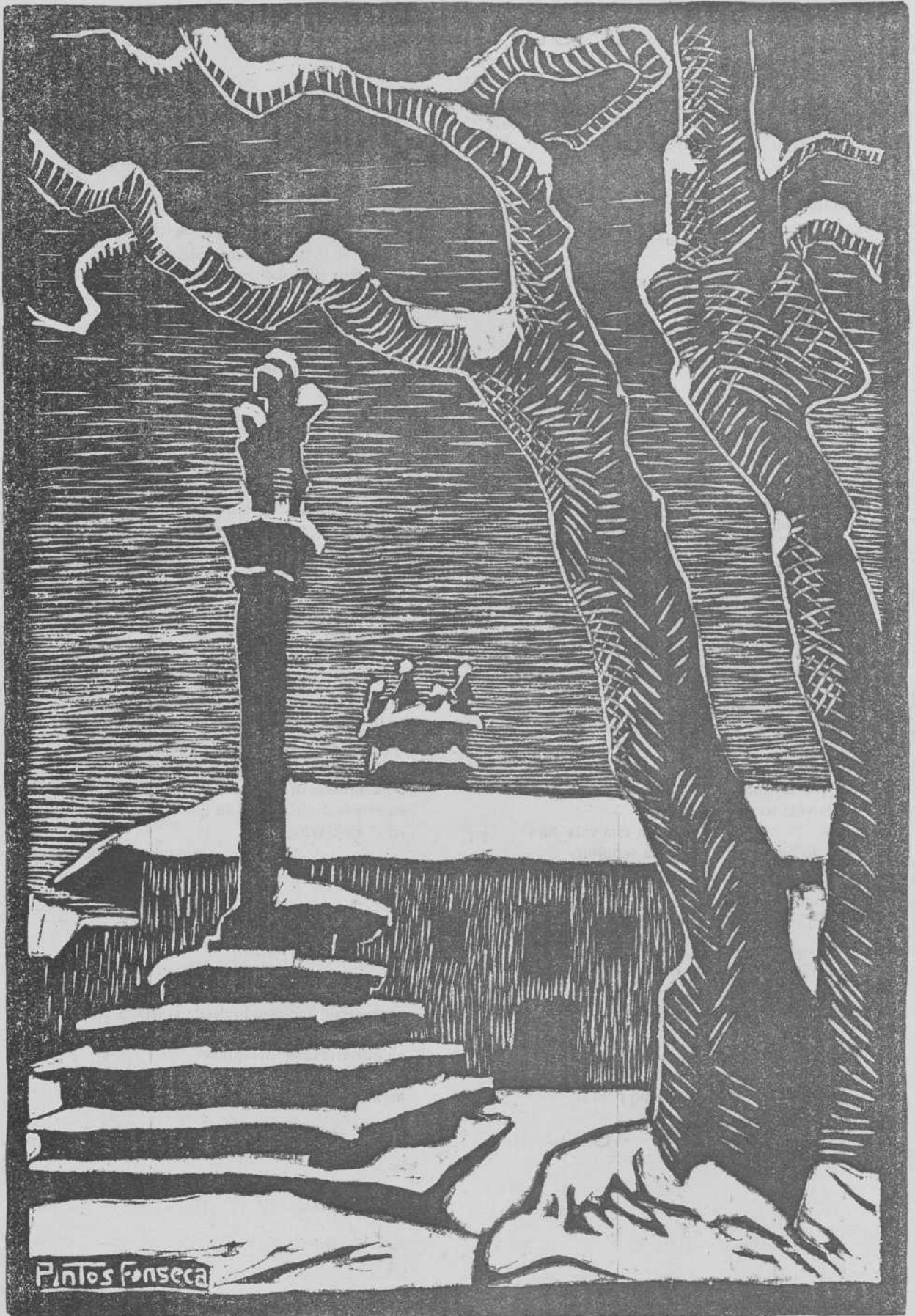
MARIA MONTEAGUDO

V E N T A N A T R I S T E

SIEMPRE cerrada, con los vidrios roñosos y descascarillada la pintura verde de sus maderas, la ventana de aquella casa labradora, mira hacia el camino y el sol naciente, cautiva en la herrumbre de sus goznes.

Nadie la ha visto abierta jamás. En vano un día y otro día pungen los rayos del sol naciente en los vidrios embazados por la roñosidad; en vano el viento ronda sus rendijas como queriendo forzarla a abrirse; en vano ascienden hasta ella los aromas del ejido. Cerrada, siempre cerrada. En primavera—¿no estaba mejor decir *primaflor*?— la rama florecida de un melocotonero, alargándose cimbreante, acaricia con su corimbo de florecillas purpúreas, mecido por el viento, los cristales de la ventana triste... Ella no puede corresponder al halago florido y parece entristecerse más y sentir como un rubor al ver sus vidrios roñosos dorados por un sol de amores nuevos, de rosas nuevas... ¡Ah, cuanto ama ella a la lluvia porque lava sus cristales y les saca un son musical con el repiqueteo de las gotas de agua!... He preguntado quién vive en la casa de la ventana triste y cautiva: Unos viejos labradores y una nieta, ya moza, huérfana de padres. Espero ver un día a la rapaza para decirle: Bastiana: Hay en tu casa una cosa que está muy triste: La ventana que cae sobre el huerto. Repara y verás. Está muy triste aquella ventana porque tú no la abres jamás. ¿No te gusta el sol, Sebastiana? ¿Y el aire puro, y el aroma de las rosas, y el azul del cielo? Pues ¿por qué tienes cerrada tu ventana a todos esos dones de la Naturaleza? Mira; las casas también tienen un alma y un corazón ¿sabes? Al alma de la casa le place ver el azul del cielo, el oro del sol, y aspirar el perfume de los huertos. Al corazón de la casa, le agrada el calor de la luz, la tibieza del aire soleado, la canción del agua que corre por el campo vecino... Abre tu ventana y verás como el alma de la casa se alegra y como su corazón se calienta y vivifica. A más que yo no sé como tú puedes vivir, moza y guapa como eres y teniendo un amor, sin asomarte a la ventana. ¿En donde sueñas tu amor? ¿En donde te apoyas cuando desmayas de pena? ¿Cuando esperas, donde esperas? Mira, Bastiana; las ventanas fueron hechas para absorber la luz y el aire y el aroma; para la vida, en una palabra. Pues bien; corre ahora mismo a tu casa y abre tu ventana de par en par; vuélvete luego hacia el interior de la casa y hallarás la sorpresa milagrosa de que el sol, el mismísimo celeste sol, ha dorado las paredes esmaltando la blancura de las cales y que un aire azul y tibio llena los ámbitos y se adentra a lo largo del pasadizo... En torno tuyo experimentarás un voluptuoso encanto que ha entrado en tu casa con los dones del sol, del aire y de las fragancias campestres. Gloriosa de salud, con el alma asomada a los ojos, con el corazón en los labios abriéndose como una flor, irás de nuevo hacia la ventana y entonces, al asomarte sobre el alfeizar, la rama florecida del melocotonero se alargará hasta ti ofrendándote el beso de aroma de sus florecillas purpúreas... Y comprenderás entonces como todas las cosas bellas de la vida, atrayéndolas hácia nosotros, haciéndolas entrar en nuestro espíritu, nos ayudan a embellecer la vida y a amar al sér amado...

J U A N B A U T I S T A A N D R A D E



S A N T - Y A G O

SANT-YAGO nasceu en Betsaida, cibdade da antiga Galilea, situada na costa norte do lago Genesaret (Palestina). Preto d'ela estaban as cidades de Nazaret, Naín, Tiberíades e Cafarnun, e asemade o monte Tabor era unha terra fermosa moi loubada dimpois pol-o Flavio Josefo

Sant-Yago, o noso, era fillo de María Salomé, que acompañou a nosa señora a Virxe María nos amargos trances. Seu pai, Zebedeo, era pescador no mar de Galilea y-a sua familia descía da estirpe de David, y era irmao de Sanf Joan, o Evangelista, que foi o seu primeiro maestro, e iste mandouno n'aquela embaixada que foi a perguntar a Xesús Noso Señor, "¿Es tí o que ha de vir ou agardamos a outro?" Daquela foi discípulo xa do Redentor.

Un día camiñaba o Salvador pol-a veira do Genesaret e viu ao Sant-Yago e Joan componendo os aparellos do seu pai. Chamóunos y-eles abandoando todo, seguironno. Sant-Yago foi bautizado por Pedro, e Xesús chamóulle d'entón o Fillo do Trebón.

Foi il testigo de tod'a vida do Noso Señor e logo de recibir o Espírito Santo en forma de pomba, predicou en Palestina os Evanxelos, dimpois de benzoado pol-a Virxe. Daquela mataron ao Esteban, y-en sonos apareceull'o Noso Señor decíndolle que íose ás Terras Galaicas. Embarcou en lope, y-un ventiño maino, dempois de longo viaxe, trougo a barca a varar nas prayas da Nosa Terra no ano 35 da era cristián. Sete anos levóu a padricar e fixo grandes milagres, dixo misa en Padrón e padricou en Braga Augusta, onde había un templo á diosa Isis. Unha divina inspiración anuncioulle que o seu corpo sería enterrado en Iria Flavia e fixo o mandato aos seus discípulos.

De noite íñase a un monte onde erguera unha crus de pedra e alí falaba con Deus. Mais abaixo, n-unha pena, convertíu a unha vella, quedando impresas as marcas dos seus corpos. Soparada a pouca distancia desta pena hay un sitio onde invocando o nome de Xesús fixo nacer auga que cura os andacios do corpo y-os pecados do espírito. Logo foi á costa brava do Finisterre, onde estaba o templo Ara Solis (¿Apolo?) Alí aparecéulle Nosa Señora. Logo estivo en Lugo e na Cruña.

Logo con sete discípulos voltou a Jerusalén. Eran éstos, Forcuato, Cecilio, Tesifón, Esiquio, Indalecio, Eufrasio e Segundo.

Padricando en Jerusalén, os xudeos pra desfacerse d-il, conchabáronse co Hemóxenes, que era un mago negro, e o Apóstolo vencéuno, convertíndoo a El Señor.

Os xudeos por un escándalo prendéronno ao fin e o Herodes decretou a sua morte.

Vendo que o seu fin era chegado, axiollouse, pregou a Deus e encarregou de novo aos discípulos que trouxeran o seu corpo á Terra Galega. Morreu na praza pública o ano 44 del Señor.

Os xudeos arroxaron o seu corpo y-a sua testa a unha cloaca de onde o recolleron os discípulos, empen-

dendo camiño de Galicia, cal de ele foi mandado. Camiñaban de noite, guiados por un anxo branco, y-enchegando ao porto de lope alcontraron unha barca aparelhada y-empresaron camiño. Na pas do mar resoaban os seus cánticos loubando a Deus, as ardentías faguían un ronsel de neve no mar, e no ceo, coma n-un espello, quedaba impreso o rastro da barca, formando a Vía Láctea, que chamano Galaxia en memoria da terra de promisión.

Entre Douro e Miño celebrábase unha festa, e un xinete, por desbocárselle o cabalo, caíu ao mar, saíndo cheo de cunchas de vieira preto da barca. E convertíuse ao Cristianismo. Unha vos no alto decía entón: "Os que adornados d-estas cunchas visiten o sepulcro do Sant-Yago serán recoñecidos como seus y-alcanzarán mercede e gracia, pois istas cunchas son as insiñas do Apóstolo". A nave seguiu seu rumbo e foi varar á ría de Arousa, entrando pol-o Ulla e logo pol-o Sar, atracando a Iria Flavia; atano a barca a unha pedra que se chamou Pedrón, (de ahí e de Patrión veu o nome da cibdad do Macías) puxeno o corpo n'unha pedra que se convertiu en cadaleito do Apóstolo, e seguino viaxe pol-a terra meiga.

Vivía entón e gobernaba as Terras unha Raíña pagá, chamada a Raíña Lupa. A duas légoas de Iria Flavia estaba o seu castelo que se chamou Castro-Lupario. Os discípulos acudino a eia para que les dira un lugar onde poideran sepultar o Corpo Santo, mais a Raíña recomendouno ao rei Filotuo que demoraba en Duyo, o que metéu en prisión aos discípulos, que fono libertados pol-o anxo e fuxino recobrando o corpo do Mestre, sendo alcanzados na ponte do Tambre, mais a ponte afundiú aos perseguidores, cousa que foi un santo milagre, e o rei, daquela, convertíuse axiña. Mais a raíña Lupa ficou anoxada e dixo aos discípulos que fosen ao monte Ylicino e colleran dous touros bravos pra conducil-o morto ao seu sepulcro.

Sáulles ao encontro un terrible dragón que caíu súpetamente morto ao facer o siño da erus os discípulos. Colleno un carro e uncino aos touros, que ficaron mansos bois, y-ao pe do monte Ylicino, que dentón chamouse Pico Sagro, sepultano ao Apóstolo nun fano, onde se rendía culto á vaca. A raíña Lupa ficou conversa por tan grande prodixio. En Libredón ficano dous discípulos gardando o corpo, e cando morreron fono alí enterrados pol-os labregos, que eran xentes de moita piedade e bons cristiáns.

Logo ficou esquecido o lugar onde estaba o Corpo Santo, e houbo invasión de mouros negros, que foi grande tristura.

Mais unha noite un santo ermitaño viu grandes resprandores no Libredón, denunciou o feito ao Arcebispo e descubriño o corpo do Santo e mail-o seu bordón. Fíxose unha eirexa e logo a Catedral, que foi grande gloria para a Nosa Terra.

L. A. C.



Dibujo de María

P O E M A S

I

Era tan branca... tan branca...
—¡Eu non-a podo olvidar—
Pasou pol-a miña vida
cal pol-o río o luar...

II

As nubes, en anacos pol-o ceo;
o vento, no pinal;
y-embraixo, na campia verdecente,
unha pinga de sol a rebuldar...

III

¡Deixádeme soyo, soyo!
¡Que naide, naide, me vexa
pol-os desertos camiños
fuxir co-a miña tristeza!..
¿Onde vou? ¡Non sei! .. ¡Quén sabe
a onde a y-alma me leva!

IV

Pinguíña
da choiva
no cristal prendida...
Pinguíña
tremante
de amante
surrisa
Na tua homildade
a y-alma che bica.

V

Chove na campia. Chove
miudiño... miudiño...
Quéixase o vento, chorocho,
no verde triste dos pinos.
Anoitece... Nos carreiros
de vagas sombras cinguidos
com-un sospiro saudoso
o piar dos paxariños.

X O A N V I D A L M A R T I N E Z

N A D A L D O U S E S P R I T O S

O vento nordesio
pol-o Xiabre baixa,
e na campia erma
debulla obras de mantela branca.

Os espetos do sol voltan, nos xiros
da ventisca, limallas;
e poñen, un tras outro,
arripios pol-as costas debouzadas.

Meia o día no ceo.
Na terra arrupiada
cán sômas de solpôr, nas que s'atecen
mais que os corpos as almas.

Chegan nas aas do angueiro,
dende terras lonxanas,
arelas, que nos pechan os ollos
e firen a faciana.

Son as pingas da chuvia
agullas, adouzadas
na carne doentida; e non ouvera
azos contra a xiada
sen o regalo morno,
o agarimo solermo da solaina..

GERARDO ALVAREZ LIMESSES

N O U T U R N I O

NOITE serea...
No ceo a lua vai camiñando
e sobr'o mar d'esmeralda
verte a prata dos seus raios.

Noite crara...
Cen sospiros finx'o vento no pinal.
No firmamento, unha estrela
brilante, cruza fugás.

OLIMPIA MARTINEZ

HAY dúas lèndas de santos canoni-
zados pol-a vontade d'un mesmo pobo:
dous santos que non atoparedes nos al-
manaques. Os dous morreron en arrecen-
dor de santidade e os seus miragres viven
aínda na memoria dos nosos petrucios.

Un d'eles foi o fundador de Armen-
teira, chamado Dom Eros, según a lènda.
O santo alonxábase do mosteiro para pre-
gar, e adoitaba perderse n'unha carballei-
ra sombriza, porque amaba o silencio da
Natureza. Unha vez atopábase Dom Eros
ensumido nas súas oracións cando rom-
peu a cantar un paxaro, e cantaba tan ben
que o santo xa non pudo rezar... Cand'o
paxaro calou Dom Eros sinteu fame e
volveuse, e ó chegar non podía dar creto
ós seus ollos: o mosteiro non era o mes-
mo, os frades eran outros. Todo, todo, es-
taba demudado, porque o santo estivera
trescentos anos no Paraíso, escoitand'o
ledo rechouchío do paxaro ..

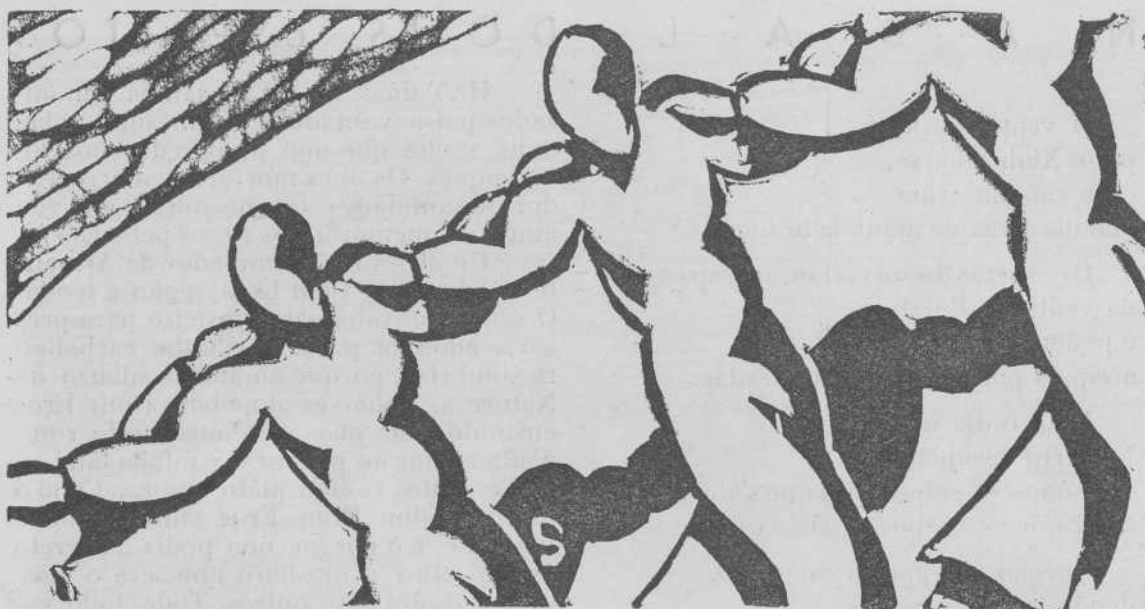
O outro santo chamábase o P. Nava-
rrete. Dí a lènda que era sabido coma nin-
gún e que as súas mans abenzoadas san-
daban total-as ruindades do corpo. O
P. Navarrete adoitaba ler seu libro de ora-
cións na orta do mosteiro, e certa mañán
atopábase ensumido na lectura cando
rompeu a cantar un paxaro no curuto
d'un alcipreste, e o santo non podía rezar
porque o paxaro cantaba tan ben!... Entón
o P. Navarrete mandoulle que se calase, e
dí a lènda que dende entón non volveron
a cantar os paxaros na orta do mosteiro...

Velahi tendes, meus amigos, a lènda
de dous santos. Os dous viven amorosa-
mente na memoria d'un mesmo pobo; os
dous están canonizados pol-a mesma von-
tade popular; os dous son o froito d'unha
mesma eisaltación relixiosa; mais ¡qué
diferentes son!

Dom Eros era galego e o P. Navar-
rete era castelán: espíritos diferentes, simbo-
los de dúas Terras. ¿Cal dos santos foi mel-
lor? Os dous eran santos, com'as dúas Ter-
ras que lle deron nacencia son fortes
pol-o seu espírito e son igoalmente dinas
de inmortalidade.

Pero, meus amigos, ¡qué diferentes
son! ¡Qué diferentes!

C A S T E L A O



Grabado de Sesto

PARRANDA MARIÑEIRA

DIN que unha fror verdegada amañesceu na badia...
É o meu cachemare, amor, que chegou da Especieiría,
meu cachemare, louvada!

Cata pra o herbal bolinante que fugiu de Vilaboa...
Leva unha salamanquesa de carantoña na proa!
Louvada, meu cachemare!

Todal-as gaviás sabugos do mais mesto sabucedo;
todol-os foques codesos do codesido mais ledó,
louvada, meu cachemare!

Ven aniñar n-aquel chouso do masteleiro ambruíño.
Cando a froita m dureza peteírarás no teu niño,
meu cachemare, louvada!

A urca vella, moza súa, é como unha veiga aberta:
ademite aos ventos todos, todol-os ares encerta.
Louvada, meu cachemare!

Atal é que un acebeiro, atal é que un reboredo,
pol-o día moita farra, pol-a noite moito medo,
meu cachemare, louvada!

Louvada, meu cachemare sabe do mao e do lón:
sabe da pipa da caña e das bagas en cachón.

Meu cachemare, louvada, sabe de tí e mais de mín:
navega todo infinito, coñece todo confin!!

(Do libro a saír "A NAO SENLLEIRA")

B O U Z A . B R E Y



CHAMADE ao luar labrego
 pra que estea o val mais belido,
 pendurai lumes de estrelas
 nas revoltas dos camiños,
 pois din que voltará ao mundo
 Noso Señor Xesuscristo.

Houbo sinais no ceo,
 mais o mundo endurecido
 senon decatou ô ollalas
 de ter todo apercebido,
 o lume da sua estrela
 ficou no ceo esquencido,
 e voltará soyo ao mundo
 Noso Señor Xesuscristo.

El veu para os que o chamaron,
 El veu para os aflixidos,
 pra os que non teñen consolo

nin outro dôce agarimo
 que lembrar o que falou
 Noso Señor Xesuscristo.

Están os ceos de festa,
 o vento canta a modiño
 nas cordas dos piñeirales
 e o mar debala a estantio
 pra oucir o que agora fale
 Noso Señor Xesuscristo.

Petade forte na alma
 e deixar que fale o esprito
 acochado na sua cova
 cousas que non sinte o ouvido,
 e alcendei lumes de festa,
 pois ven perto do camiño,
 chegando está a nosa porta
 Noso Señor Xesuscristo.

L U I S A M A D O C A R B A L L O

M O U L I N

LE vent plus qu'un âne est patient

Tourne tourne tourne

Moulin qui moud les heures

Bientôt c'est le Printemps

Tu auras tes ailes pleines de fleurs

MATIN

Tourne tourne tourne

Moulin qui moud les jours

Bientôt sera l'Été

Et tu auras des fleurs dans ta tour

MIDI

Tourne tourne tourne

Moulin qui moud les mois

Bientôt viendra l'Automne

Tu seras triste dans ta croix

SOIR

Tourne tourne tourne

Moulin mouleur d'années

Bientôt viendra l'Hiver

Et tes larmes seront gelées

NUIT

Voilà ici le vrai moulin

N'oubliez jamais sa chanson

Il fait la pluie et le beau temps

Il fait les quatre saisons

Moulin de la mort moulin de la vie

Moud les instants comme une horloge

Ils sont des grains aussi Moulin de la mélancolie

Farine du temps qui fera nos cheveux blancs.

Paris, 1921.

V I N C E N T H U I D O B R O

Productos "La Toja"

UNICOS EN EL MUNDO

Jabón de tocador

CREMAS

SALES

Pasta dentifrica

POMADAS

LODOS

Jabones de afeitarse

S. A. LA TOJA

== PONTEVEDRA ==

MUCHOS _____

_____ SIMILARES

E L

VERDADERO



U N O _____

_____ SOLO



CHEVROLET

**SERVICIO
TÉCNICO**

**G. M. C.
BUICK
OPEL
BLITZ**

**ACCESORIOS
REPUESTOS**

CONCESIONARIO

Garage Puig

Teléfono, 25

PONTEVEDRA

Agencia Buick

Av. García Barbón, 20

Teléfono, 1102

V I G O





Tip. de Julio Antúnez.—Pontevedra.